

Parodia de la muerte, a la mexicana

El libro blanco de los muertos

ÁLVARO MIRANDA

Universidad Externado de Colombia,
Bogotá, 2017, 76 pp.

¿QUIÉN ES Álvaro Miranda en el maremágnum de poetas que es la lírica colombiana de los siglos XX y XXI? Él mismo responde, como el que habla de una familia, que es un poeta de la Generación sin Nombre, y que sus poemas aparecieron publicados por primera vez en *Antología de una generación sin nombre* (Adonais, 1970), que realizó el crítico español Jaime Ferrán.

Los poetas nacidos en la década de los cuarenta y cuya obra comenzó a publicarse en los años setenta han recibido diversas denominaciones. Como Generación sin Nombre fue conocido ese primer grupo de Ferrán, en el que se incluía además a Henry Luque Muñoz (1944-2005), Jaime García Maffla (1944), Elkin Restrepo (1942), David Bonells (1946), José Luis Díaz-Granados (1946), Augusto Pinilla (1946), Darío Jaramillo Agudelo (1947) y Juan Gustavo Cobo Borda (1948). Como Generación desencantada, la etiquetó Harold Alvarado Tenorio (1945), y sumó el nombre de María Mercedes Carranza (1945-2003), quien sería la fundadora de la Casa de Poesía Silva en 1986. Generación de Golpe de Dados, la llamó el profesor norteamericano James Alstrum, quien la vinculó a la revista del mismo nombre. En esta década nacieron los poetas Luis Aguilera (1945), Raúl Gómez Jattin (1945-1997), Miguel Méndez Camacho (1946), Juan Manuel Roca (1946) y Horacio Benavides (1949), que no se afiliaron a ningún partido. Caso especial es Raúl Henao (1944), es el único que se inscribe voluntariamente en el surrealismo.

La Generación sin Nombre abarca poetas sin presupuestos programáticos, con personalidades y búsquedas estéticas disímiles, que a diferencia de los nadaístas quieren rescatar el contacto con la tradición lírica colombiana. Henry Luque Muñoz, en su obra *Tambor en la sombra. Poesía colombiana del siglo XX* (1996), anotará que

[...] esta generación nació alrededor de los fuegos cruzados del célebre “Bogotazo”, tienen como oscuro patrimonio de la niñez la violencia que el país les legó. [...] Han tenido como telón de fondo la pólvora y la sangre emanadas ya de la locura del narcotráfico, ya de la creciente guerrilla contradictoria. (p 40)

El libro blanco de los muertos —conjunto de 67 poemas en verso libre y en prosa que no cuentan con título— es el sexto libro de poesía de Álvaro Miranda, quien se dedica también al arte de la novela; en este género es célebre *La risa del cuervo*, Premio de Novela de Colcultura “Pedro Gómez Valderrama” (1992), obra que la revista *Semana* considera como una de las mejores novelas del último cuarto del siglo XX.

El libro que nos ocupa en esta reseña, nos enteramos en la nota biográfica, fue resultado de la Residencia en Literatura del Ministerio de Cultura de Colombia, que Miranda ganó en 2003. Se concibió o se escribió en gran parte en México. Si el libro se publicó en 2016, nos obliga a calcular que estuvo guardado en la gaveta de Miranda por trece años. ¿El motivo para tanta espera? Lo desconocemos: pero una vez leído, descubrimos que hay un lenguaje maduro y una propuesta estética sólida. El tema del libro es de origen mexicano y tiene como telón la celebración del Día de los Muertos.

El amor que Miranda profesa por México y su cultura no es casual. Ya en su novela *Muchachas como nubes* explora la vida y obra del poeta mexicano Gilberto Owen. El aporte más importante de Owen fue demostrar que la prosa iba a estar herida por la poesía, afirma Miranda. Dicha novela fue también el resultado de un viaje a Ciudad de México, en 2010, como escritor ganador de la Tercera Muestra de Arte Iberoamericano, del Programa de Residencias Artísticas para Creadores de Iberoamérica y de Haití en México.

El 2 de noviembre de cada año, dice la tradición mexicana, acuden los difuntos para convivir ese día con sus parientes. Sincretismo entre la cultura indígena y la religión católica. Los familiares del finado visitan el panteón, barren la lápida y ponen una corona —hecha de papel de China— sobre

la cruz; también disponen arreglos florales, la mayoría hechos con flor de cempazúchitl, y algunas veladoras, que servirán de guía al espíritu del difunto. Preparan la comida favorita y beben el mezcal o el tequila predilecto del ausente. Con guitarra cantan las canciones del muerto y hasta se componen calaveras, coplas de humor sobre la muerte. Álvaro Miranda comienza la celebración con el siguiente texto, donde prima un lenguaje coloquial y una especie de poema-relato al estilo que propuso Cesare Pavese:

Los visitantes del cementerio empujan el domingo para que pronto se convierta en lunes —dijo Madre.

Los mariachis al contrario no mojan sus sombreros en la lluvia solo que haya aguaceros en las flores.

La cartilla de la escuela no habla del día de muertos.

No señala a los que en el sepulcro añoran el ayer de la cerveza.

[...]

La tipografía ignora a la Virgen que idolatran los sicarios.

Nadie aprende a leer en ellas para que el crimen sea perfecto.

Sólo la mujer que muere dentro del sueño pide ser

abrazada de nuevo por el amor muerto. (p. 16)

A medida que avanza la lectura de *El libro blanco de los muertos* nos encontramos con que casi todos los poemas son escenas teatralizadas donde una Madre ora, aconseja, alecciona, protege o cuida a su hijo. Hay un tercer personaje que es el Muerto, quien casi de forma jocosa entra y sale de escena para desacomodar la realidad y elevar el relato a lo fantástico. Y al final de los poemas aparecen dos personajes más: un sicario —siempre en primera persona— que se dirige a un Señor Juez mudo y distante, y confiesa sus crímenes. Esta técnica carga al poema de una tensión dramática, que permite vivir casi en un presente inmediato la sangre de las acciones. El siguiente poema nos recuerda en algún intersticio la novela *La Virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, pero, por suerte, anclado en el lenguaje poético:

Madre reza por las pistolas de los sicarios.

POESÍA		RESEÑAS
<p>Reza por las heridas venideras por la sangre que salta de la nariz del moribundo. “Rezo por ti hijo —dijo Madre— por un joven refrescado por la niebla abrazado a los segundos que pasan. “Rezo para que atrapes el olor de las esquinas donde se esconden los sicarios. [...] “Rezo por los dueños de las corporaciones por los secretarios de los juzgados que visitan a dios y al diablo en los cementerios”. A ellos disparé Señor Juez y la televisión encendida mostró una imagen pornográfica donde dos patos hacían el amor sobre una rama de algarrobo. (p. 17)</p> <p>No nos engaña Miranda en este punto, en la piel de México está Colombia, y la violencia que viven estos dos países. ¿O viceversa? ¿Hay un México que lamentablemente se colombianizó en su peor fruto? El culto al ser querido se mezcla con el poco valor por la vida humana. El Muerto en este libro es la muerte parodiada, el lado oscuro y humano, el que viaja de boca en boca, ya sea para ser dignificado o ser desaparecido con impiedad. La muerte —natural o violenta— se torna cotidiana y nos quita la capacidad de asombro. La muerte, nos dice este libro, se vive todos los días. Muerto rompió en llanto ante las palabras de Madre. Algo de ganso algo de trompeta. Lejos de sus compañeros se sentó a orillas del mar. “Estoy muerto” dijo Muerto. Lo sé porque en mi boca florece una rosa de los vientos con pétalos y con espinas. [...] Mi país es un país muy raro: Las noches padecen de agrieras y los muertos que estrenan muerte asustan y luego se van para siempre. (p. 18)</p> <p>Poema tras poema, nos damos cuenta de que el cementerio de Miranda es un bello homenaje al Spoon River de Edgar Lee Masters. También va tocando temas como el amor, la in-</p>	<p>fidelidad, la locura, el suicidio, el pecado, la injusticia, la verdad y la moral. Nos muestra los miedos y las miserias del ser humano, pero también su corazón elevado al diálogo más puro con lo distante. La aldea de Miranda también se universaliza. Los lectores atentos de Miranda podrán percatarse fácilmente de que <i>El libro blanco de los muertos</i> propone un universo estético muy diferente al que ha trabajado en sus anteriores libros: ha dejado su barroco elaborado, la sensualidad de su lenguaje y el pasado épico y trágico del Caribe, para entregarse a una poesía más despojada, cruda y coloquial —que casi raya con la minificción— y que escala en otra emoción poética. Leemos a Miranda y nos queda la certeza de que cuando él se mete con el lenguaje es porque tiene un gran compromiso con la vida.</p> <p style="text-align: right;">Fredy Yezzed</p>	